

VIDA INTERNACIONAL

LA CRISIS DE BERLIN

Una caricatura de un diario norteamericano mostraba hace poco, bajo el título de "El inquieto "chef" de cocina", a un acalorado Nikita Khrushchev, que después de haber hecho hervir sus marmitas del Medio Oriente, las islas Quemoy y Matsu, etc., con un gesto displicente ponía en ebullición la olla de Berlín.

La temperatura en ese punto subió peligrosamente cuando, a fines de noviembre pasado, el jefe ruso advirtió que entregaría el control de las vías de acceso a Berlín Occidental al Gobierno satélite de la Alemania del Este, lo que significaba la amenaza de un nuevo bloqueo, semejante al que en 1948 tuvo al mundo al borde de la guerra. Un par de días después, el Kremlin proponía formalmente a los tres signatarios occidentales de los acuerdos de Potsdam (EE. UU., Gran Bretaña y Francia) convertir a Berlín Occidental—solo a Berlín Occidental—en una ciudad desmilitarizada, con soberanía para darse el régimen político y económico que quisiera, pero comprometida a no tolerar que dentro de sus límites se desarrollen "actividades subversivas" contra el régimen de Alemania Oriental. Si dentro del plazo de seis meses no se llegaba a un acuerdo en ese sentido y los occidentales no retiraban a los 11.000 soldados que actualmente tienen en Berlín, los alemanes orientales se harían cargo del control de las vías terrestres, acuáticas y aéreas de acceso, y Moscú miraría todo desafío armado a la autoridad del Gobierno alemán oriental para mantener dicho control "como un acto de agresión a todos los miembros del Pacto de Varsovia" (equivalente soviético de la NATO), el cual acarrearía "inmediatas y apropiadas represalias". Como más tarde lo aclaró el mismo Khrushchev, no se trataba de un "ultimátum", sino de una invitación a negociar...

Esta versallesca invitación a negociar tuvo inmediato eco en Washington, donde se declaró que Estados Unidos miraba el territorio de Berlín Occidental como propio y no abandonaría a su suerte a dos millones de hombres libres. Si en el caso de las islas Quemoy y Matsu la diplomacia norteamericana apareció

muy poco clara y decidida, en el caso de Berlín fue terminante: ese enclave de Occidente en territorio comunista no sería abandonado, aunque ello significara la guerra.

La intervención de Mac Millan

Pero en Londres, Harold MacMillan, con elecciones generales a pocos meses vista y a la cabeza de un país que, a las puertas de la Unión Soviética, quedaría fuera de combate con, exactamente, nueve bombas de hidrógeno, tenía que tomar la iniciativa para romper el "impasse". Ante la opinión pública inglesa aguijoneada por los laboristas, que parecen haber ganado fuerzas, el jefe del Gobierno conservador tiene que presentarse—máxime si hay elecciones—como habiendo hecho todo lo posible para atenuar la tensión internacional y reafirmar la importancia y el prestigio de Gran Bretaña en el mundo. Cuando MacMillan decidió ir a Moscú sabía, probablemente, todo lo que podría obtener de Khrushchev, pero necesitaba demostrar a sus conciudadanos que, si algo había quedado por hacerse, no era por culpa del Gobierno conservador.

Siempre un hombre como ese insufrible Mr. Bevan tendrá algo que criticar al Gobierno de S. M., pero ¿qué no habría dicho y cuánto mayor eco no habría encontrado en los electores si Mac Millan se hubiera quedado junto a su chimenea en vez de viajar hasta el helado Moscú?

El primer ministro, pues, viajó no sólo a conferenciar con los hombres del Kremlin, sino, a su regreso, también con De Gaulle y luego con Adenauer. Por su lado, también los jefes de los Gobiernos francés y alemán habían conversado y acordado no admitir ningún retiro de fuerzas militares de Europa, que era una solución que dejaba entrever el comunicado conjunto emitido en Moscú al término de las conversaciones Mac Millan-Khrushchev. El primer ministro inglés accedió, de buenas o malas ganas, al planteamiento franco-alemán, pues necesitaba un respaldo europeo para sus conversaciones con Eisenhower, coronamiento de su "tournee" diplomática.

El 16 de marzo, el presidente norteamericano, planteó los puntos de vista de su Gobierno. Tal como se esperaba, Eisenhower ratificó que EE. UU. no cedería a la amenaza de la fuerza en Berlín; que no desea una guerra que significaría la ruina de la civilización y, posiblemente, de la humanidad, y está dispuesto a una nego-

ciación honorable sobre la base de una posible reunión de ministros de Relaciones Exteriores (en mayo próximo), cuyo éxito despejaría el camino a una conferencia de jefes de Gobierno en el curso del verano.

Cinco días más tarde, y al cabo de dos de conversaciones, Eisenhower y Mac Millan anunciaron que procederían sobre esas bases y que las naciones occidentales propondrían a Rusia una Conferencia de cancilleres; ésta se llevaría a cabo en Ginebra el 11 de mayo.

En esta forma Khrushchev se apresuró a declarar, anticipadamente, que la Unión Soviética concurriría a una conferencia de cancilleres el 11 de mayo, parece eliminado el peligro inmediato de una crisis en Berlín, pero no queda, en modo alguno, solucionado el problema de fondo.

El problema de fondo

Este es, sin duda, la reunificación alemana. En una de sus escasas conferencias de prensa—la primera la dió precisamente cuando provocó la crisis de Berlín—Nikita Khrushchev dijo el 19 de marzo que los catorce años transcurridos desde la capitulación de Hitler son un tiempo muy largo y que hay que eliminar los últimos vestigios de la guerra mediante un Tratado de paz con Alemania. Semejante Tratado, según Moscú, eliminaría las fuerzas ocupantes de Berlín Occidental y significaría el reconocimiento de Alemania Oriental.

Pero el punto de vista occidental, incluyendo, el de los propios alemanes, es diametralmente opuesto.

El Kremlin parte de la base de que, ante todo, habría que celebrar la paz con Alemania reconociendo la actual división, y luego se vería cómo se soluciona el problema de las dos Alemanias. La solución rusa sería una especie de federación muy tenue, que no haría desaparecer el Estado títere de 18 millones de habitantes constituido en la zona que ocupó el Ejército Rojo al término de la guerra. Esta "República democrática" quedaría incorporada al Pacto de Varsovia, al menos en el caso de que la "República Federal" o Alemania Occidental siguiera formando parte de la alianza atlántica. De tal manera, los rusos podrían mantener bases en el corazón de Europa y tendrían también un argumento para no retirar sus tropas de Polonia, ya que alegan que éstas son necesarias para que no se corten sus comunicaciones con Alemania. Si se acepta que las "democracias populares" de Alemania y Polonia sobrevivirían, cuan-

do mucho, algunas semanas a la retirada de las tropas soviéticas, hay que concluir que el Kremlin hará todo lo necesario y hasta lo imposible para impedir la reunificación real y democrática de la nación alemana.

Los occidentales sostienen—y los alemanes con más convicción que todos ellos—que la división de Alemania fue una medida transitoria determinada por las necesidades inmediatas de la postguerra. Que si se quiere, por tanto, liquidar esa etapa y celebrar el Tratado definitivo de paz con Alemania, es preciso, ante todo, restaurar la unidad de este país, mediante elecciones libres, debidamente controladas, de las cuales salga un Gobierno de toda la nación, con el cual se negociaría y firmaría el Tratado de paz definitivo.

El resultado de esas elecciones en toda Alemania, internacionalmente controladas, no es dudoso: los comunistas serían barridos. El plebiscito ya lo han anunciado casi dos millones y medio de alemanes que, abandonándolo todo y a menudo con riesgo de su vida, han emigrado de la Alemania del Este hacia la del Oeste. Por otro lado, entre los 54 millones de habitantes de la Alemania de Bonn, los comunistas son una minoría ínfima.

¿Habrá manera de conciliar esos dos puntos de vista tan opuestos?

Esta sola pregunta plantea de inmediato las dificultades con que se encontrará la conferencia de cancilleres anunciada para el 11 de mayo.

Hace cuatro años, cuando aún lucía en el cielo de la diplomacia mundial sir Anthony Eden, lanzó la idea de una faja neutralizada a lo largo de toda Europa, para separar a Oriente y Occidente y borrar la zona de fricción que actualmente existe. George F. Kennan, exembajador de EE. UU. en Moscú y uno de los teóricos del Departamento de Estado, insistió después en una idea semejante, que llamó del "desengagement", y el ministro de Relaciones Exteriores de Gomulka, Rapacki, lanzó igualmente el plan que lleva su nombre, basado en un planteamiento parecido. En Moscú, Mac Millán, según parece, retomó el proyecto de su antecesor, Mr. Eden, pero ni Adenauer ni De Gaulle le prestaron su aprobación. Sin embargo, si no se busca alguna salida por ese lado, no se ve, por el momento al menos, cuál podría haber. La conferencia del 11 de mayo debería avanzar algo en ese sentido o se cerrará el camino a la "reunión en la cima" y volverá a cundir la alarma internacional.

"Si quieres la paz..."

Entretanto, de acuerdo con la funes-ta máxima de "si vis pacem, para bellum", los contrincantes se siguen preparando para lo peor. Según su habitual estilo, Nikita Khrushchev ha continuado blandiendo el puño cerrado ante las narices de aquellos con quienes quiere negociar. Por su lado, interrogado por la Comisión senatorial que preside el demócrata Lyndon Johnson, el jefe del ejército norteamericano, general Maxwell Taylor, aseguró que sus tropas, aunque reducidas a 870.000 hombres, estaban en situación de cumplir todas las tareas que se le encomendaran en Europa y en Estado Unidos a la vez. El ejército de EE. UU.—dijo—podría sostener en Europa cualquiera "guerra limitada" que Rusia provocara a través de los ejércitos de sus satélites.

Por su parte, el jefe de la Fuerza Aérea, general Thomas D. White, declaró que sus aviones seguían en situación de mantener la paz mundial mediante el uso del "disuasivo termonuclear" y que todas sus fuerzas podrían movilizarse en cuestión de horas. Las declaraciones del almirante Burke—jefe de operaciones navales—tuvieron la virtud de excitar—no sin razón—la ira de Khrushchev, aunque Burke, que no es diplomático sino marino, no hacía más que contestar lo que se le preguntaba en materias de su competencia. Burke, pues, hizo notar que el territorio soviético estaba rodeado de bases y puestos de escucha de las fuerzas norteamericanas, y que los portaviones de las diversas flotas de EE. UU. estaban constantemente en disposición de atacar.

Todas estas declaraciones deben relacionarse con la del presidente Eisenhower en aquella conferencia de prensa en la que, a la pregunta de si "¿Dará Estados Unidos la pelea en tierra por Berlín", contestó: "Por cierto que no vamos a librar en Europa una guerra terrestre. ¿De qué nos serviría enviar unos pocos miles de soldados o aun unas pocas divisiones más a Europa?..."

—"¿Significa eso—preguntó entonces el periodista—que EE. UU. va a defender Berlín con armas nucleares?"

—No sé de qué manera Ud. podría liberar algo con armas nucleares", contestó el presidente. Y más adelante aclaró: —"Yo no dije que la guerra nuclear es una completa imposibilidad. Dije que, tal como veo las cosas, ella no podría liberar nada. La destrucción no es una buena fuerza política."

¿Se seguirá con la prioridad a la fuerza militar?

Al cabo de seis años para M. Dulles la amenaza fundamental a que deben hacer frente Estados Unidos y la democracia en el mundo es de orden militar e inmediato. Para sus críticos, especialmente los más destacados dirigentes demócratas, la democracia y la posición de Estados Unidos en el mundo están amenazados, ante todo, por la desesperada situación de los países subdesarrollados y por la ofensiva soviética en el terreno político, social y económico, aprovechando las circunstancias de esos países. Mr. Adlai Stevenson, por ejemplo, es particularmente luminoso en la introducción de su último libro, que contiene las observaciones recogidas durante su reciente viaje por la Unión Soviética.

Parecía que bajo la presión de los hechos y de la mayoría demócrata, los programas de ayuda al exterior que se planean y financian desde Washington irían dando creciente importancia al campo propiamente económico en desmedro del militar. Pero el mensaje recientemente enviado al Congreso por el general Eisenhower ha liquidado esas esperanzas. Cuando aún estaba en funciones y exactamente el día antes de que estallara la crisis de Berlín, Mr. Dulles había declarado: "Se está gastando demasiado en ayuda militar y no bastante en la económica". El ultimátum de Khrushchev parece haber trastornado esos buenos propósitos.

Del total de 3.900 millones de dólares que Eisenhower ha pedido al Congreso, 2.435 millones—el 62%—están destinados a prestar ayuda militar directa o indirecta. Además, según anunció el mismo Eisenhower, a lo que se le entregue el informe pedido a una comisión especial que preside el general en retiro William H. Draper, seguramente solicitará nuevos fondos para ayuda militar, en especial para proporcionar armamento del último modelo a los aliados de la Organización del Tratado del Atlántico Norte. Ese anuncio se hizo unos pocos días antes de que el Secretario general de la OTAN, Paúl Henri Spaak, declarara que ésta no podía quedarse en alianza meramente militar si quería contrarrestar con éxito al comunismo...

Si con su cínico ultimátum sobre Berlín, Khrushchev hubiera conseguido frenar una reorientación de la política norteamericana de ayuda al exterior hacia fines más constructivos, habría obtenido ya una victoria de incalculables consecuencias.

ALEJANDRO MAGNET